

Todo parte del instante en que Santiago, el bello pastor, el hallado en una canasta, escucha en sueños la voz de Ludovico de Vendôme, que le dice:

Deja tu cabaña, ve entre los niños y dondequiera los encuentres, en pequeños o en grandes grupos, diles: Dios todopoderoso me ha revelado que frente a la insensible ceguera de los reyes, príncipes y caballeros, es necesario que los niños cristianos hagan gracia y caridad a la ciudad de Jerusalén en manos de los turcos infieles.

La base argumental de este relato de apenas ochenta páginas, pero de una densidad enorme, es la famosa Cruzada de los niños, que también sirviera de tema para el célebre relato del mismo título, escrito por Marcel Schwob. En el prólogo a esta obra, Borges (citado por Pitol, el traductor y prologador de la obra de Jerzy A.) escribe:

A principios del siglo XII, partieron de Alemania y de Francia dos expediciones de niños. Creían poder atravesar a pie enjuto los mares... Esperanzados, ignorantes, felices, se encaminaron a los puertos del Sur. El previsto milagro no aconteció. Dios permitió que la columna francesa fuera secuestrada por traficantes de esclavos y vendida en Egipto; la alemana se perdió y desapareció, devorada por una bárbara geografía y (se conjetura) por pestilencias.

Planteada como un gran enigma que se va aclarando sobre la marcha, la narración del autor polaco parte del caos y avanza hacia el orden. Los personajes se van perfilando gracias a sus

confesiones al fraile, pero no son los niños cruzados los que hablan, sino los mayores (Blanca, Santiago, Alesio) los que van revelando sus pecados que son sus historias. No hay otra historia que la del pecado. Vivir es pecar. entregarse al imperio del cuerpo y de sus violencias. Tal parece ser la visión que domina el panorama entero.

*Las puertas del paraíso*¹ es el primer libro literario en el que se nota la mano de José Luis Rivas como nuevo editor de la Universidad Veracruzana. Un nuevo formato, una nueva colección. Libros pequeños, manuales, bien impresos e impecablemente corregidos. La colección se llama Ficción Breve y abre un espacio respetable en el mundo editorial mexicano.

Ludovico de Vendôme, quien se halla a la raíz de esta cruzada cantada por Andrzejewsky, revela no sólo la motivación de las cruzadas anteriores, sino las consecuencias, los abusos que se cometieron tomando como pretexto la liberación del Santo Sepulcro:

Cometí ese crimen, porque lleno de fe y esperanza creía que si llevábamos el manto de los cruzados y si habíamos jurado consagrarlo todo a la liberación del sepulcro de Cristo de la esclavitud de los infieles, por ese solo hecho todo lo que hiciéramos debería ser justo y necesario, ya que servía a aquel fin único y superior, ese fue el error de mi fe ciega...

¹ Jerzy Andrzejewsky, *Las puertas del paraíso* (traducción de Sergio Pitol). Ficción Breve. Universidad Veracruzana, Xalapa. 1996.

No es vana la comparación de los excesos de los cruzados con los abusos cometidos por los propulsores del stalinismo y otros ismos, que por los tiempos en que fue escrita la obra de Jerzy A. estaban llegando a su exacerbación. Por eso, y por razones del carácter soberbio del autor (como lo registra Sergio Pitól en el prólogo, dando fe de haberlo conocido a fines de la década de los cincuenta en Varsovia) es que Jerzy A. fue satanizado por unos, divinizado por otros, y siempre controvertido.

Alesio Melisseno, protegido por Ludovico de Vendôme, asesino de sus padres, se entrega a él con la pureza que da el escueto deseo del cuerpo insaciable, aceptando la bestia que hay en cada quien, disfrutándola... "Porque cuando todo cae sólo resta el deseo, sólo él, ni amor ni felicidad, sólo deseo", dice Ludovico. "Sólo los deseos confieren a las noches y a los días una respiración más libre"... "Toda conquista es la tumba de la esperanza".

Hasta el confesor que acompaña a la cruzada de los niños es un descreído. Los hombres, todos, desde que tienen alma, son seres de oscuros deseos. Los niños son inocentes porque no tienen alma. Éste es el mundo cruel que nos pinta Andrzejewsky. El confesor, al absolver a los demás, no los absuelve, sino que se absuelve a sí mismo.

Santiago de Cloyes, heredero de Ludovico, es el líder de la cruzada. Tras el tejido de todo se descubren siempre motivaciones criminales. No hay inocencia ni altos ideales, todo forma parte de una inmensa y ciega cruzada guiada por farsantes, que llevan a los demás, los inocentes, los niños, hacia el abismo. ¿Parábola de este siglo?, se pregunta en el prólogo

Sergio Pitól. Tan parábola como *El castillo*, *La metamorfosis*, *El proceso*. Obra honda, injustamente relegada, hoy es rescatada en buena hora por la Universidad Veracruzana. Antes había tenido una edición en Joaquín Mortiz, pero ésta, según parece, fue bloqueada debido al alto contenido erótico, y particularmente homofílico, que campea en sus páginas. Todos los guías de los niños, en las noches de descanso de la cruzada, se entregan a prácticas eróticas, en general violentas. Ludovico de Vendôme esclaviza eróticamente a su protegido, Alesio. El único que parece estar libre de las veleidades del cuerpo es Santiago de Cloyes, un espíritu casto, de niño. Y es curiosamente Santiago el único guía puro de la cruzada de los niños, quien no recibe la absolución de parte del confesor. Se perdona el pecado, pero no la inocencia. La inocencia, en este mundo de culpables, es imperdonable. Lo normal es el regocijo en el pecado.

La confesión general de los cruzados es desencadenada por un sueño del confesor. Este sueño es la premonición de que no existe una tierra prometida para los cruzados (ni para la raza humana, si la obra se lee como parábola). Sólo ilusiones, esperanzas que terminarán irremediabilmente en la nada. El confesor sueña que dos jóvenes, últimos sobrevivientes de la cruzada, caen derrotados en la arena del desierto y no pueden alcanzar la Jerusalén liberada. Esta Jerusalén es la clara encarnación de todo lo que el hombre puede esperar de la vida sobre la tierra. Como parábola, la obra de Jerzy A. es transparente. Como relato escueto es un ejemplo deslumbrante de economía, de armonía, de técnica depurada.

Formalmente, la obra está escrita en dos párrafos. El primero abarca toda la acción y apenas está separado por comas, haciendo que el lector se esfuerce por dar una respiración a la prosa. Hay motivos que se repiten y que le dan un carácter musical al texto. Y curiosamente, no hay confusión posible. Ante una segunda lectura, el texto asume colores más definidos, los personajes se diferencian, las fuerzas morales se perfilan con mayor nitidez. El segundo párrafo está constituido apenas por cinco palabras.

Reflexión despiadada sobre la condición humana, sobre el pecado, la

felicidad, la animalidad del ser humano, sobre el destino de la humanidad y el papel sicario de los individuos en una historia universal destinada al fracaso de toda ilusión. *Las puertas del paraíso* es, sin duda, como lo señala en la conclusión de su prólogo el traductor Sergio Pitol, una obra maestra. Con ella el nuevo editor de la Universidad Veracruzana muestra que dispone de los medios para retomar la línea de altura de una editorial que ha hecho historia a lo largo de su existencia.

Marco Tulio Aguilera Garramuño